

Institucionalizar la memoria.

A medio siglo de la muerte de Mariano Azuela

Víctor Díaz Arciniega *

En previsión al medio centenario del fallecimiento de Mariano Azuela (1873-1952) Luis Leal preparó una selección de textos del novelista; su publicación coincide con otra compilada por Beatrice Berler y editada por quien esto escribe.¹ Ambos libros tienen en común el ofrecer al lector materiales documentales útiles para el mejor conocimiento del novelista. Entre la una y la otra compilación hay un ancho vaso comunicante por el que fluye el único propósito de permitir al lector un mejor acceso a un escritor que ha corrido con una rara suerte en la historia literaria y cultural de nuestro país: el enorme e irreproachable prestigio de su novela *Los de abajo* (1916) que anuló el resto de su obra literaria y que, además (y no sé si para bien o para mal de su prestigio), esa novela se convirtió en libro de uso pedagógico obligado en México y en muchos centros de educación media y superior extranjeros: se le considera "reflejo fiel de la Revolución".² El motivo de estas páginas es pensar, como problema historiográfico, qué es lo que subyace en la compilación preparada por Luis Leal.

1. El par de volúmenes publicados en la colección *Memorias Mexicanas* del Conaculta responde a la conveniencia de contar con materiales disponibles para celebrar el cincuenta aniversario de la muerte de Azuela. Presuntamente, la conjunción de los prestigios del afamado y celebrado crítico Luis Leal y del novelista de la Revolución por antonomasia ofrecería al lector una visión del escritor (en sus aspectos de "hombre", "médico" y "novelista") original y bien ponderada. Sin

embargo, ocurre lo contrario: es una antología poco novedosa, debido a que la selección se hizo a partir de dos libros conocidos y accesibles, las *Obras completas* (FCE) y el *Epistolario y archivo* (UNAM); a esto se añaden, con cierta calidad de aporte original, algunos pocos textos dispersos y no compilados de Azuela (la serie de entrevistas, sin duda valiosa), algunos textos que se refieren al escritor (los capítulos "Mariano Azuela y los poetas", "Experiencia en el teatro y en el cine" y "Reconocimientos y homenajes", sin aportes de consideración —salvo algún comentario aislado, como el de Nemesio García Naranjo—) y las extraordinarias ilustraciones de Rivera y Orozco preparadas para dos de las ediciones de *Los de abajo* y algunas fotos de época (muchas provenientes del álbum familiar).

La publicación del Conaculta se justifica porque ofrece al lector una nueva vía de acceso al novelista para así estimular el conocimiento de un autor prestigiado tanto como desconocido, típica paradoja de la historia.³ Sin embargo, el conocimiento que se ofrece me provoca muchas sospechas, sobre todo porque si nos atenemos a la sola antología parecería que durante los 50 años transcurridos desde la muerte de Azuela no se ha generado ningún conocimiento nuevo, ninguna interpretación original y, peor aún, ninguna valoración histórico literaria del lugar que ocupa nuestro escritor dentro de la historia literaria, intelectual o cultural de México; de entonces para acá nada es digno de consideración. Esto se acentúa de manera dramática porque don Luis Leal parece que, en lugar



* Profesor e investigador del Departamento de Humanidades de la UAM, unidad Azcapotzalco, y maestro del Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

de avanzar, retrocedió en su valoración crítica: en las dos versiones de su *Mariano Azuela* (1961 y 1971) hace una discreta revisión de toda su obra, dentro de la perspectiva analítica y crítica entonces vigente y muy útil para adentrarse al conocimiento conjunto del autor.⁴

Mis sospechas se incrementan ante la selección y orden de los textos compilados. Aquí, la función del profesor Leal, como antologador, es fundamental, aunque hubiera deseado una participación decidida como editor, investigador y crítico, pues nunca hace explícito su propósito de la selección ni, peor aún, confecciona los indispensables marcos contextuales para que el lector pueda ponderar el lugar, el valor y la trascendencia de los textos de secciones completas. Me sorprende sobremanera tan notable ausencia, más cuando él, en trabajos anteriores, había sido escrupulosamente cauto en las siempre útiles y agradecibles contextualizaciones y, sobre todo, en el registro de las fuentes.⁵

Si las ausencias referidas sorprenden, la presencia de largas secciones de textos mortifican, más porque don Luis Leal nunca se toma la molestia de explicar ni de justificar nada. Parecería que como editor norma su criterio bajo una premisa: "los textos se explican solos" o "valen por sí mismos", que ciertamente es una sobrevaloración de los textos tanto como del lector. Si lo que se desea con los dos volúmenes es facilitar un mejor conocimiento (no digamos una comprensión) de Azuela, entonces las ausencias referidas desvirtúan el propósito de la publicación, y si la selección y orden de los textos pretende un acercamiento al "hombre", "médico" y "novelista", entonces las caracterizaciones de Azuela que se presentan conllevan un propósito definido, aunque nunca explícito: fortalecer ya no la imagen, sino el icono que simbólicamente representa Azuela en y para la Historia, así, con mayúscula, o

como lo dice el propio novelista en el último texto de la compilación —una carta personal a su hijo—: "Me duele seguir desempeñando el papel que me has conferido de MITO (sic)...".

2. Mi mortificación viene de la propuesta implícita en la selección y orden de los textos. Aquí, ¡por supuesto!, ni hay ingenuidad ni descuido, sino una deliberada propuesta interpretativa: se desea mostrar un Azuela que no sólo no contradiga lo harto sabido, sino que lo refuerce, como si eso hiciera falta y como si eso ayudara a su mejor conocimiento; ayuda, sí, a abrigar el color bronceado del monumento. En el primer volumen se cuenta la historia del "hombre": de cuna humilde y rural, debido a su esfuerzo personal sale adelante y consigue el título universitario de médico; simultáneamente, educa su sensibilidad literaria y se hace escritor: forma parte del exiguo grupo de aficionados de Lagos de Moreno, con quienes comparte inquietudes y primeros trabajos. Sin escatimar los méritos implícitos, es una versión romántica, casi idílica y sentimentalmente conmovedora: el nieto de un arriero logra sobresalir debido a su esfuerzo como médico, a su honradez como hombre y a su calidad literaria y, por si fuera poco, se convierte en el emblema referencial de la Revolución.

Sin perder la secuencia cronológica ni la atención a la unidad temática, la selección de textos del propio Mariano Azuela llega hasta el axial 1910 y el previsible lugar que ocupa el novelista dentro de la refriega; pronto se llega al "descubrimiento" de *Los de abajo*, en 1925, para lo que se recuperan los textos alusivos de Francisco Monterde a través de la versión de 1934 de John E. Englekirk sin, una vez más, tomarse la molestia de analizar el texto, contexto y repercusión de ese "descubrimiento".⁶ A esto siguen dos interesantes capítulos: uno dedicado a la importante

1 Luis Leal, *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. México, Conaculta (Memorias Mexicanas), 2001, II. Vols., pp. 361, 370, y Mariano Azuela, *Correspondencia y otros documentos*. Compilación de Beatrice Berler e introducción, compilación y notas de Víctor Díaz Arciniega. México, UNAM y FCE (Letras Mexicanas), 2000, 340 pp.

2 En otro momento me detuve a analizar el problema; véase mi artículo: "Mariano Azuela y *Los de abajo*: entre 'ser' y 'representar'", en *Investigación Humanística* (UAM-I), núm. 3, otoño de 1987, pp. 117-141.

3 Los aniversarios son propiciatorios: con motivo del centenario del nacimiento del novelista, el Fondo de Cultura Económica encargó al entonces decano de la crítica literaria en México y conocedor de la persona y obra de Azuela, Francisco Monterde, una compilación equivalente a la que ahora comentamos: *Páginas autobiográficas*, México, FCE (Popular núm. 134), 1974 (en 1998 apareció la tercera reimpresión).

4 Hubiera resultado más útil y económico traducir y publicar *Mariano Azuela* (New York, Twayne Publishers, 1971, traducción de su *Mariano Azuela, vida y obra*, México, Colección Stadium, 1961) y, como apéndice, incorporar la colección de entrevistas concedidas por Azuela.

5 En los dos volúmenes sobresale la excepción: sólo la colección de entrevistas y las tres páginas de la sección "Pensamientos y opiniones de Mariano Azuela" (una colección de frases célebres que Leal subrayó aquí y allá y aquí integró sin orden ni concierto) llevan la referencia correspondiente. Pienso con malicia que si se hubieran registrado todas las referencias de la procedencia de los textos: se obviaría lo evidente, es decir, el inmisericorde saqueo del vol. III de las *Obras completas* y del *Epistolario* y *archivo*.

6 En mi libro *Querella por la cultura revolucionaria* (México, FCE, 1989) hago una pormenorizada reconstrucción de la polémica y un análisis e interpretación de sus características; en mi artículo ya referido interpreto su repercusión.



función que desempeñó media docena de individuos en la promoción (traducción, edición y difusión) de *Los de abajo* en Europa y Estados Unidos entre 1928 y 1930 y otro dedicado a media docena de ejemplos de la recepción crítica de la obra en esos y otros lugares entre 1929 y 1973, año del centenario. En suma, la primera mitad recoge textos del propio novelista; la segunda, correspondencia de varios traductores y editores (y muy pocas de Azuela), y artículos, notas y una carta, ponderativos todos de la importancia de *Los de abajo*, solamente.

En el segundo volumen el carácter unitario que distinguía al anterior se diluye y desaparece. El primer tercio integra textos del novelista relacionados a su obra vanguardista (o "hermé-

tica", como ingenuamente la calificó Monterde) y de índole biográfica, nada más. El segundo tercio a una miscelánea de una treintena de autores (correspondencia con "poetas", valoración de sus actividades en el teatro y el cine y "reconocimientos y homenajes", en vida o en el momento de su entierro en la Rotonda). El último tercio de dicho volumen son las entrevistas que concedió a una docena de individuos y la correspondencia con profesores estadounidenses que se ocuparon de la difusión y estudio de Azuela en Estados Unidos.⁷ Cierra con dos cartas estrictamente familiares: una del novelista y otra de uno de sus nietos.

No menosprecio el valor documental de la compilación ni paso por alto la invitación que conlleva para acercarse al novelista; reconozco y celebro la calidad técnica de la edición. Sin embargo, desde la perspectiva historiográfica la deliberada selección y organización de los materiales obedece a una propuesta que se podría interpretar así: el Mariano Azuela "hombre", "médico" y "novelista" única y exclusivamente es el que contienen estos dos volúmenes; lo que no está aquí ni siquiera enunciado no existe o, por lo menos, no vale la pena. Si es así, y la carencia de explicaciones y justificaciones no permiten otra ponderación, entonces la propuesta es en todos sentidos cuestionable por el sólo hecho de parcializar y sesgar, y de qué manera!, la obra del novelista.

Mariano Azuela advirtió el riesgo de convertirse en "mito", con lo que eso implica de falsa ponderación y alejamiento, y la antología sólo viene a reforzar esa visión, hartamente estereotipada.⁸ Es un hecho: de manera por demás inducida se sugiere que intentar una interpretación distinta es inútil; no para otro propósito se apela a los prestigios: don Luis Leal certifica y el Conaculta avala. Consecuentemente, lo único que queda por hacer son reverencias a la institucionalización de la figura mitificada. Hasta donde conozco, las

figuras de bronce sirven para adornar plazas públicas y envanecer a la familia del prócer, únicos beneficiados de estas celebraciones ayunas de ponderación. Un verdadero homenaje conllevaría la revaloración de la obra con nuevas perspectivas analíticas e interpretativas; es decir, recuperar el ejemplo todavía vivo, y no sólo limpiar y jardinar el seto del monumento.

3. Mejor pensemos en el Mariano Azuela de las *Obras completas* y del *Epistolario y archivo*, donde ni se escatima ni se regatea.⁹ A contraluz de la compilación del Conaculta, se recorta neto el perfil del novelista cuya visión de la sociedad mexicana es profunda, severamente crítica. Desde sus tempranos escritos de 1903 hasta los póstumos de 1956, el escritor se afanó por desentrañar no el misterio del Hombre en su esencia ontológica, ni el de la Historia en cuanto contingencia diacrónica o proceso sincrónico, sino el de la conducta de los seres humanos que representan funciones sociales específicas, como lo dejó entrever con la denominación genérica "la comedia de la honradez" referida en *Los fracasados* (1907). Es decir, a lo largo de casi 50 años y desde su punto de vista (en gran medida típico de una época) se ocupó de la observación y registro del hombre en su representación de los valores morales y éticos dentro de la dinámica social del México que le tocó vivir.

Como es fácilmente comprensible, a lo largo de tantos años se advierten en la obra de Azuela algunos periodos definidos por su unidad temática, tratamiento literario y momento histórico; a su vez, ellos están surcados por el interés del autor hacia aspectos específicos del hombre, como son: 1) el lugar de la familia dentro de la sociedad; 2) el de la mujer como núcleo de la familia; 3) el de la pulsión amorosa vs el control racional de las pasiones; 4) la importancia del trabajo como forma de

autoafirmación, y 5) el lugar del dinero y el poder dentro de la relación familiar y de ésta en la sociedad. Es evidente que los periodos y aspectos específicos corresponderán a periodos de la historia de México, pero ello no significa un análisis de la historia ni como coyuntura ni como proceso, como tanto se ha insistido, sin reparar en una valoración del novelista a partir de su literatura y no de la historia.

Los 50 años transcurridos desde su muerte en 1952 nos permiten ahora una mejor perspectiva de los cincuenta años de actividad literaria de Mariano Azuela. Si la analizamos en el sentido inverso a la secuencia de su creación, desde lo último hacia lo primero, llama la atención que llega al final con una detenida reconsideración crítica sobre la literatura: sus conferencias en El Colegio Nacional, por ejemplo, revelan una visión conjunta de lo que concibió y realizó como proyecto literario: fincado sobre la noción de "novelista" (y con fuerte aversión hacia la de "literato"; la propuesta ética/moral del primero *vs* la estética del segundo), analiza la tradición "mexicana" que se construye a partir de Fernández de Lizardi y se prolonga (así lo sugiere) hasta Azuela, y que se integra con el variado registro de la dinámica social y humana del estrato de población marginado en donde —según el autor— vive intensamente lo más "auténtico" de México.¹⁰ Para él, como indica Selma Ancira a propósito de Tolstói, "no es que fuera un luchador social, sino que él estaba interesado en el pueblo y en el trabajo del pueblo [...] que él consideraba muy superior a la aristocracia." Aunque —conviene precisar—, para Azuela ese interés no eludía la crítica.

Bajo esta premisa, la visión de la tradición "mexicana" que ofrece en sus novelas es sensiblemente crítica, debido a un hecho: se detiene en los obstáculos —de índole moral y ético, en la mayoría de los casos— que imposibilitan el sano crecimiento de la población.



Lo sabemos: si en los realistas y naturalistas franceses nuestro autor educó su sensibilidad y técnica novelística, es en la práctica como médico de pobres donde constata la fuerza y potencialidad de la vida tanto como las enfermedades de la pobreza que impiden el desarrollo sano de los hombres, como ilustra en las novelas que escribe en los años veinte (*La malhora*, *El desquite* y *La luciérnaga*).

Sin embargo, no es la pobreza material la que hace más daño, sino la pobreza (franca carencia) de valores, cuya infección abarca todos los órdenes de la vida del hombre. Por ejemplo, en las conferencias referidas, es implacable contra la impostura y charlatanería de los críticos literarios que se asumen como sancionadores de la historia y del gusto. En las novelas de los años cuarenta (desde *Nueva burguesía* hasta *Esa sangre*) retoma lo que analizó en sus primeros obras (*María Luisa*, *Los fracasados* y *Sin amor*): las apariencias, el oportunismo y la ansiedad por el ascenso social a cualquier costo, sin considerar ni remotamente la posibilidad de hacerlo por vía del esfuerzo y educación. En las de los años veinte y trein-

ta (*El Camarada Pantoja*, *San Gabriel de Valdivias* y *Regina Landa*) se ocupa en registrar el pernicioso propósito hegemónico de la "ideología de la revolución" como "doctrina" para justificar la hipocresía e, incluso, la violencia criminal dentro del orden público o político, con su negativo efecto sobre los hombres. En las de los años diez (de *Andrés Pérez* a *Las tribulaciones*) analiza la práctica de los reacomodos oportunistas típicos durante una convulsión bélica; el asunto del honor y honra violados es relevante en *Los de abajo*. En las del primer decenio del siglo y último del gobierno de Díaz (desde *María Luisa* hasta *Sin amor*) formula su visión de la sociedad emergente, cuya ansiedad por ascender en la escala social pueblerina la trastorna al punto de perder los más elementales valores éticos y morales (resulta relevante su paradigma de la Metrópoli, caricaturizado implacablemente).

4. Como hijo legítimo del realismo y naturalismo franceses, Mariano Azuela concibe la novela como una vía para externar su crítica, pero no con términos conceptuales, sino con descripciones novelísticas, donde la parodia, la ironía o la caricatura son frecuentes. No es un escritor de ideas, sino de imágenes. Por eso admite: "para pensar, necesito escribir", y se reconoce como "novelista populachero". Por lo tanto, asume para sí mismo el lugar del crítico de la sociedad y reconoce en su obra literaria un camino para cuestionar los valores articulados en la dinámica social, sin por ello considerarla pedagógica, meta que invariablemente negaba. En 1937 Cipriano Campos Alatorre recoge del novelista las palabras que a contraluz lo delínean de cuerpo entero:

Es lastimoso lo que estamos viviendo en México. Las inteligencias mejor preparadas, las más estudiosas, las que deberían servir de verdadera guía y orientación al

pueblo, son las primeras en corromperse. Lo malo es que esa pobre gente se siente tan contenta de sí misma, como si el mundo entero estuviese pendiente de su actitud. El intelectual, en México, lejos de sacrificarse por mejorar nuestro espantoso estado de cosas, se contenta con admirarse a sí mismo. Y cuando se digna levantar los ojos, es para implorar, con gesto suplicante, el puesto que habrá de proporcionarles el medio de vivir... ¡La única manera de que el Mundo no se vea privado seguramente de su obra genial!

Si la caracterización del gran modelo fue la comedia humana, si la influencia del gran ejemplo fue la saga de los Rougon Macquart, la propuesta de Mariano Azuela no es menos ambiciosa en su acometida: su genérica "comedia de la honradez" registra las conductas de la familia típica con aspiraciones a ser lo que no es, pero se esfuerza en representarlo, sin importar que en ello se pierda el honor. La honra es tema central y su valor en la sociedad lo pondera como nulo, desde la perspectiva de la tradición o los universales, y lo caracteriza como una proliferante doble moral dentro del orden privado y público. Es decir, como juego de representaciones, en todo momento el novelista atiende la esfera privada tanto como su relación dentro de la sociedad, sin que en ello se oculten dos principios liberales básicos: el de la igualdad de oportunidades para los individuos que deseen salir adelante y el de la importancia de la educación como vía de realización personal y familiar; allá priva la noción de trabajo, acá la de esfuerzo (y en su biografía él es un ejemplo paradigmático). Junto a ellos se dibujan axiomas de fuerte raigambre católica: el anticoleccionismo y el antiestatismo, que se suma a una paradójico tono jacobino que reprueba las prácticas ritualizadas de la religión.

5. Nada de esto se ha querido leer en la obra de Azuela, y la antología aquí comentada lo omite en forma rotunda. No podría ser de otra manera debido a un simple hecho: justo desde su "descubrimiento" en 1925 se le adjudicó a él y a *Los de abajo* una única caracterización que lo colocó literaria, cultural e ideológicamente en un lugar estático: ser la representación canónica de la Revolución. Lo sabemos: la "ideología de la revolución" apeló a cuanto recurso (simbólico, de manera preferente) había disponible para imponerse hegemónicamente sobre la sociedad; el uso pedagógico y doctrinario de *Los de abajo* ocupa en el imaginario colectivo un lugar privilegiado —en particular a partir de las ediciones multitudinarias para educación masiva.¹¹ Esa imposición hegemónica conllevó la anulación de muchos, muchos otros acontecimientos y aspectos de la historia cultural e intelectual mexicana, entre ellos, ni más ni menos, el resto de la obra del propio Azuela. Esta mutilación se debe a un motivo: el conjunto de su obra completa cuestiona sistemática y profundamente la construcción/consolidación del Estado nacional revolucionario.

La perspectiva del tiempo, 50 años de obra escrita más 50 desde su muerte, nos permite observar algo que puede parecer profundamente peligroso para la historia del siglo xx mexicano: la *opera omnia* de Mariano Azuela no registra un movimiento de revolución, en sentido estricto, sino una evolución (1900-1910), una brutal involución (1911-1917), con su gesto reformista en el carrancismo, una lenta restauración (1918-1939), con su doctrina hegemónica en los treinta, y una nueva de evolución (1940-1956). En su registro novelístico se advierte una clara visión de proceso histórico cultural y social, las aspiraciones de ascenso social de las clases emergentes, la explosiva y masiva migración del campo a la ciudad, el acelerado crecimiento

7 Si tanto les importaba la versión que esos profesores ofrecían de Azuela y de México, con todo y su Revolución, hubiera sido mucho mejor tomarse la molestia de rescatar no la correspondencia que dos de ellos sostuvieron con el novelista, sino el resultado de ella: la edición para uso escolar que ellos prepararon en 1939: *Los de abajo. Novela de la revolución mexicana*, editada con introducción, notas y vocabulario por John E. Englekirk y Lawrence B. Kiddle, publicada por Appleton-Century-Crofts, en Nueva York y Londres. Las 50 páginas del estudio introductorio (nunca traducido) es un buen ejemplo de cómo se leía e interpretaba a Azuela. También sería interesante cotejar el vocabulario que preparó Kiddle con el que a su vez hizo Jorge Ruffinelli para la edición de la colección Archivos de la Unesco, 1988. Un detalle sorprendente: Lawrence B. Kiddle en los años cuarenta llama la atención sobre las variantes de toda índole entre las ediciones de 1916 y 1920 de *Los de abajo*, pero no prosigue sus indagaciones; treinta años más tarde, en 1979, Stanley L. Robe hace público el resultado de sus cotejos entre las dos versiones. De esto, en los dos volúmenes comentados, ni una palabra más allá de lo identificado por Kiddle y nunca desarrollado por él, quizás por no considerarlo importante o significativo.

8 El medio centenar de voces aquí recogidas es como la certificación de esa visión.

9 La selección de Leal concluye con dos cartas, una del nieto Mariano Azuela Huitrón y la otra del novelista. Ambas, como casi todo el material que conforma la selección, las proporcionó Antonio Azuela Rivera, penúltimo de los hijos del novelista y único sobreviviente. La primera de las cartas debería de ser la del licenciado Mariano Azuela Rivera, quien en 1948 escribió a su padre, el novelista, para hacer algunas aclaraciones respecto a sus creencias religiosas y algunos actos que él junto con dos de sus hermanas hicieron. Por extraños pudores Antonio Azuela Rivera omitió la carta y en su lugar puso la del nieto, con lo que se desvirtúa el contenido de la del novelista. Por fortuna, Arturo Azuela, otro de los nietos, las rescató y explicó: "Los Azuela, conflictos de familia. Dos cartas diabólicas." *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, año 3, tomo 3, número 131, 5 de agosto de 2001, pp. 1-5.

urbano de la capital y sus naturales demandas de servicios; todo ello representa simbólicamente el dinámico proceso de civilización, según Norbert Elías, donde la recategorización axiológica (en los aspectos éticos y morales, sobre todo) atraviesa por una profunda crisis al más puro estilo gatopardista.

En *Sin amor* (1908, pero publicada en 1912), en *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), en *El camarada Pantoja* (1927-8, pero publicada en 1937) y en *Regina Landa* (1939), como las más elocuentes y las más poco analizadas de sus novelas, Mariano Azuela es puntual: la simulación abarca el espectro comprendido entre el asesinato y la complicidad, estimulada y celebrada por los representantes del gobierno (paradigma de la doble moral), y conduce a un único punto: la feroz degradación moral del hombre, la familia y la sociedad. En su póstuma *Esa sangre* (1956), en forma emblemática registra el balance final: el México previo a 1910 registrado en *Mala yerba* (1909), para principios de 1950 muestra similares carencias éticas y morales y, peor aún, revela como los nuevos paradigmas de la sociedad —los revolucionarios, se sobrentiende— son igual de indignos y amorales, pero más brutales.

Para Mariano Azuela la Revolución no conllevó un cambio cualitativo como, supuestamente, está implícito en la noción misma de revolución. Su decepción de la convocatoria de noviembre de 1910 fue profunda y se originó en una experiencia directa: fue un creyente apasionado del maderismo y se lanzó a una actividad pública con la convicción de un cambio, el de Madero del Plan de San Luis (más reformista que revolucionario, conviene precisar). En cuestión de semanas comprobó la realidad inmediata y el porvenir de su historia: los viejos caciques cambiaron de chaqueta y alguna otra cosa similar, como su discurso. En su



temprana novela corta *Andrés Pérez, maderista* (1911) revela su decepción, de la que no sólo no saldrá, sino que se incrementará hasta la exasperación, como en *San Gabriel de Valdivias, comunidad agraria* (1928, pero publicada en 1938). Para él, la Revolución fue el reacomodo de los antiguos cacicazgos y, sobre todo, la irrupción violenta de una sociedad emergente oportunista y ayuna de valores, que en lugar de proponer un cambio radical (orgánico, estructural) para el porvenir, se conformó con una estabilidad mediocre que recicló de manera radical las pautas sociales (éticas y morales) vigentes durante el gobierno de Díaz, como ilustra la novelita *Las moscas* (1918).

Sin embargo, en la colección *Memorias Mexicanas del Conaculta* se privilegió la versión más estereotipada de Mariano Azuela. Desde una perspectiva historiográfica, la antología de don Luis Leal contribuye, sí, y categóricamente, a la institucionalización de la memoria colectiva, entendida como una memoria esterilizada, inocua o anodina, aunque curiosa por los episodios y anécdotas (sentimentales, las más de ellas). Por ello cumple su fun-

ción de manera perfecta: como memoria estereotipada permite la rápida identificación entre el lector y la historia referida, con lo que ambos ganan esa vaga sensación de seguridad, de estabilidad: ésta, la historia (*Azuela y Los de abajo*), es un referente único de un pasado único que no se debe (re)interpretar y aquél, el nuevo lector del nuevo milenio, fortalecerá la certeza de su presente fincado sobre un pasado (heróico tanto como episódico) ya superado. Lo que se ofrece es un pasado histórico estático e incuestionable.

En estos implícitos es obvio que subyace viva la doctrina hegemónica de la ideología de la Revolución en su versión pedagógica. Para cambiar tales principios doctrinarios es indispensable emprender una tarea en apariencia simple: leer, volver a leer, e insistir en la relectura de nuestros textos fundadores. Podemos no estar de acuerdo, ¡por supuesto!, mas no por ello los acomodamos a nuestra conveniencia. Mejor discutirlos, porque, finalmente, la tradición, cuando está viva, es combatida y combatiente: es polémica. Las novelas de Mariano Azuela, si algo tienen, es una lucha frontal contra la noción de mito, esa representación simbólica que las culturas construyen por comodidad en provecho de una supuesta identidad colectiva, en cuanto se rempazan las ideas (que exigen una posición crítica del pensamiento) por las creencias (que conlleva una disposición pasiva, receptiva y en esencia emotiva).

No obstante, en el caso que analizamos, debido a la inercia de las creencias, se impuso el dogma laico de la Revolución, el que tanto cuestionó nuestro novelista. No de otra manera se puede interpretar su escepticismo, que en el temprano 1925, en medio del inflado escándalo periodístico que derivó en su "descubrimiento", Azuela indicó al reportero Ortega: "—Yo no sé qué les ha dado en fijarse en mí."¹² Su escepticismo y su fundada desconfian-

za nunca percibieron los alcances de un proceso ideológico brutal: se le celebró y aún celebra previa mutilación y esterilización, porque así, inocuo, anula los riesgos de la crítica. Por lo tanto, el de Mariano Azuela es un ejemplo típico de una paradoja típica de la historia: él, que como novelista tanto se afanó en mostrar el deterioro de los valores éticos y morales de la sociedad, y en enseñar a mirar de manera crítica la conducta de los hombres dentro de sus funciones públicas, vino a ser víctima de su propio y nunca buscado prestigio.¹

10 La secuencia del conjunto de las conferencias obedece a una propuesta específica del escritor para mostrar: 1) su lugar dentro de la historia de la literatura mexicana; 2) su formación como novelista en la provincia; 3) las influencias más significativas; 4) su interés en otros géneros narrativos (escénico y fílmico) para llevar su literatura a públicos más amplios; 5) la relación vital entre su biografía y sus creaciones literarias, y 6) las evocaciones de sus orígenes familiares y geográficos. En el segundo volumen de la antología esta secuencia se distorsiona, fragmenta e invierte en dirección opuesta, con lo que el sentido otorgado por Azuela a su trabajo queda del todo desfigurado: ahora es una versión sentimental y episódica.

11 La edición de *Los de abajo* en la colección Popular del Fondo de Cultura Económica significa para la editorial la garantía de venta de varias decenas de miles de ejemplares al año desde 1960, fecha de su primera edición en esta colección.

12 Es curioso que entre las múltiples y valiosas entrevistas recogidas se haya omitido, precisamente, la primera, realizada porquien después haría tanto por Azuela en España, Ortega, y publicada en la revista que tanto tuvo que ver en el "descubrimiento": *El Universal Ilustrado* (enero de 1925).



Ilustraciones de José Clemente Orozco tomadas de la edición en inglés *The under dogs*, 1929.